**OBITUARIO**

**Dr. José Manuel del Sel
(1911-2007)**

“...pido a Dios que te abrace y te proteja durante la noche”

Meister Eckhart, siglo XIII

El 20 de diciembre de 1911 nació en Buenos Aires José Manuel del Sel, hijo de un médico procedente de Concepción del Uruguay, y de María Luisa Roca, aplicada madre de cuatro hijos nacidos en el tradicional barrio de Flores, donde el doctor Manuel del Sel, distinguido clínico muy apreciado por sus vecinos, se desempeñaba como jefe de servicio en el Hospital Álvarez.

Del Sel solía recordar con afecto a las maestras que le enseñaron las primeras letras en la escuela pública barrial, pero recibió su formación definitiva en el Colegio Ward de Ramos Mejía, entonces tradicional institución cristiana para varones, en el que supieron modelar su mente abierta para el trabajo intelectual y su cuerpo para la práctica de deportes competitivos.

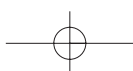
Esta trascendental etapa de su vida juvenil lo marcó para siempre y es un factor para tener muy en cuenta cuando se advierten los principios éticos que caracterizaron toda su actuación futura, su habitual altruismo, el excelente conocimiento del idioma inglés, su acendrado respeto por los mayores y el desinteresado espíritu de superación personal que puso en todos sus actos.

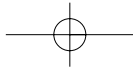
A los 23 años el joven José Manuel egresó como médico de la Facultad de Medicina de Buenos Aires, completó su practicantado en el Hospital Álvarez y allí se incorporó al servicio de Ortopedia y Traumatología dirigido por la lúcida y exigente cirujana doctora Sara Satanowsky, con quien colaboró durante tres años.

En 1938, siguiendo los pasos de varios especialistas argentinos, viajó al célebre Instituto Rizzoli de Bologna, verdadera Meca de la ortopedia mundial donde brillaba la atrayente personalidad del profesor Vittorio Putti.

Poco después de la Segunda Guerra Mundial, obtuvo una beca del Consejo Británico y se dirigió a Inglaterra, interiorizándose de los progresos médicos y quirúrgicos que surgieron durante la conflagración mundial, especialmente en el campo de las lesiones nerviosas, heridas graves de los miembros, amputaciones traumáticas, cirugía reparadora, rehabilitación del sistema musculoesquelético, etc.

En 1952 puso en marcha el servicio de Ortopedia y Traumatología del Hospital Español con una notable actividad asistencial y docente, llegando a poner esa incipiente unidad universitaria al nivel de los mejores centros académicos de la ciudad.





A partir de 1956, y pasadas las sombrías circunstancias que habían imperado en el país durante una larga década, se vio obligado a repartir su empuje asistencial entre el Hospital Castex, de la poblada localidad suburbana de San Martín, la jefatura de Cirugía Ortopédica del Centro Nacional del Lisiado y el Hospital Español.

Fue en esa época de tanta actividad cuando se pudieron aquilatar sus auténticas virtudes de organizador, hábil cirujano, profesor ameno y fecundo publicista. Asistía cotidianamente a esos importantes centros asistenciales conduciendo él mismo su automóvil, sin olvidar de llevar a sus hijos a los respectivos colegios en las primeras horas de la mañana y terminando la extenuante jornada atendiendo el consultorio en la clínica de la calle Maipú 757 o en una reunión de la Sociedad Argentina de Ortopedia y Traumatología.

Su modalidad cálida y simpática le permitió superar muchas de las naturales resistencias que los colegas oponen al cambio de jefe, ganando por el contrario nuevos colaboradores y amistades que se sumaban con admiración a su causa, atraídos por sus sólidos conocimientos de la especialidad, siempre expuestos con claridad y con un profundo sentido humanitario.

En 1970 asumió como Profesor Titular en el recién inaugurado Hospital Escuela José de San Martín, de la Universidad de Buenos Aires (ahora Hospital de Clínicas), renunciando a los cargos anteriores y volcando allí todos sus esfuerzos personales para prestigiar un servicio autónomo al que concurría un creciente número de pacientes y de alumnos.

Sin caer en actitudes permisivas, pronto pudo ganarse la voluntad incondicional de los jóvenes médicos residentes, integrando con ellos y otros médicos especialistas ya formados, eficaces equipos de trabajo en las distintas subespecialidades que progresivamente iban surgiendo.

Buscó y encaró con optimismo la solución de varios problemas complejos del quehacer de los cirujanos ortopédicos: la pseudoartrosis congénita de la pierna, las infecciones osteoarticulares, la cirugía de los defectos tegumentarios y, siguiendo a sir Ludwig Guttmann, el cuidado integral de los parapléjicos y cuadripléjicos por traumatismos medulares.

Sus meditadas conclusiones sobre la fisiopatología de la reparación ósea y, en general, de todos los tejidos del aparato locomotor, le permitían entrever caminos nuevos y encontrar soluciones lógicas y razonables donde hasta ese momento reinaban la oscuridad conceptual y la anarquía terapéutica.

Escrupuloso en el uso del español bien hablado y escrito, hacía gala de un amplio vocabulario con el que solía efectuar agudos juegos verbales o declamaba largos e ingeniosos textos por él compuestos, en prosa o verso, que eran la delicia de los oyentes.

Producto de años de trabajo, publicó en 1963 su obra *Compendio de Ortopedia práctica*, libro destinado a alumnos y médicos residentes de la especialidad y que ya ha alcanzado las ocho ediciones.

Enemigo de lo solemne, del empaque presumido y de la obsecuencia servil, solía referirse con ironía a los personajes que confundían el éxito de la orientación precisa y el trabajo tenaz, con el fugaz brillo de los que caen en las blandas redes de una frívola impostura.

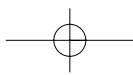
Muy por el contrario, siempre sonriente y comunicativo, con un tono de voz más bien apagado, sabía granjearse la aceptación inmediata del ocasional interlocutor con argumentos a la vez racionales y convincentes.

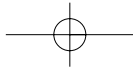
Fue secretario general en el Primer Congreso de Ortopedia y Traumatología que se hizo en el país en 1956 y presidente de la institución en 1966-1968; miembro honorario nacional de la Asociación Médica Argentina y de la Asociación Argentina de Ortopedia y Traumatología, que además lo nombró Cirujano Maestro por sus aportes en lo asistencial y docente; en 1988 "Maestro de la Medicina", premio otorgado por la Prensa Médica Argentina y fue también miembro correspondiente de la Academia Argentina de Ciencias de Córdoba.

Ocupó con auténtica actitud de servicio todos los cargos de responsabilidad médica que le fueron confiando a través del tiempo y recibió con enorme humildad las distinciones que jalonaron su brillante carrera profesional y docente. La Universidad de Buenos Aires lo designó Profesor Emérito cuando debió retirarse por razones de edad.

La vida tan fecunda y múltiple de José Manuel del Sel, el hombre que marcó una época y brillante faro que iluminó el camino de tres generaciones de médicos, se apagó apaciblemente en su ciudad natal, el 15 de mayo de 2007.

Dr. Arturo Otaño Sahores





Dr. José Manuel del Sel. Homenaje en su memoria 12 de junio de 2007

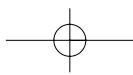
Mis pares me han concedido el alto honor de pronunciar estas palabras con motivo de la desaparición el 15 de mayo pasado, a la edad de 95 años, del Gran Maestro de la Medicina Ortopédica y Traumatológica Argentina, el profesor José Manuel del Sel. Considero que esto se debe a que soy uno de sus más viejos discípulos y a la afectuosa relación personal que nos unía.

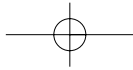
Conocí al doctor del Sel en 1956, con motivo de efectuarse en Mar del Plata el Primer Congreso Argentino de Ortopedia y Traumatología en el que él fuera Secretario General. Posteriormente asistiendo a los Cursos para Graduados que dictaba en el Servicio de Ortopedia y Traumatología del entonces Hospital Castex de San Martín, donde ejercía la Jefatura y finalmente en 1958, compartiendo horas de trabajo hospitalario en el Servicio de la Cátedra de Ortopedia y Traumatología del Hospital Durand, en ese período a cargo de otro gran Maestro de la Ortopedia Argentina, el profesor José Valls. Desde entonces transitamos muchos caminos de la vida en diferentes quehaceres médicos, asistenciales, docentes y académicos, en distintos hospitales donde se desempeñó como Jefe de Ortopedia y Traumatología, tales como el Hospital Durand, el Hospital de Clínicas, donde ejerció como Profesor Titular de la Especialidad al frente de la Primera Cátedra de Ortopedia y Traumatología y el Instituto de Rehabilitación del Lisiado; también en la práctica privada, en la Sociedad Argentina de Ortopedia y Traumatología donde acompañé su Presidencia como Director de Publicaciones durante dos años; en los Cursos y Congresos, en viajes de estudios en el exterior, en la actividad docente de pregrado y posgrado y en las publicaciones de trabajos científicos y libros. También trabajó en el Hospital Teodoro Álvarez y en el Hospital Español. En este último ejerció la Jefatura del Servicio de Ortopedia y Traumatología. En estos ámbitos no tuve oportunidad de acompañarlo.

Estoy hablando de más de cincuenta años de labor conjunta. También compartimos momentos de esparcimiento con nuestras respectivas familias, lo que profundizó el sentimiento de admiración al Maestro, quien además de sus enseñanzas me brindó su amistad durante todo ese tiempo.

No voy a efectuar una reseña cronológica de su vida ni enumerar todos los importantes logros del doctor José Manuel del Sel a lo largo de su prolífica carrera. Solamente narraré algunas situaciones imperecederas que recuerdo de nuestro quehacer diario y las características sobresalientes de su proceder como Maestro y Guía de nuestra especialidad. Lo hago desde mi óptica de médico especialista, en ese entonces en formación, hasta las observaciones que efectué posteriormente, en mi madurez profesional. No escribiré ni una sola palabra elogiosa o de su accionar que no hubiera sido totalmente elaborada según mis vivencias. Mi primera impresión de admiración se produjo presenciando su dictado de Trabajos Prácticos en la Cátedra del Hospital Durand. Estaba el profesor del Sel revisando a un paciente acostado en la mesa de exámenes. Lo rodeaban los estudiantes de su Comisión, entre los que me intercalé yo, en ese entonces médico concurrente del Hospital. El paciente había sufrido un traumatismo cerrado de una rodilla y el doctor del Sel le efectuaba la semiología, explicando cada una de las maniobras a los alumnos. Entre ellas la del choque rotuliano, haciendo la distinción semiológica entre hidrartrosis y hemartrosis y asegurando que en ese caso en particular se trataba de esta última, lo que a continuación demostró efectuando una artrocentesis. Los alumnos observaban fascinados cómo fluía la sangre dentro de la jeringa, lo que corroboraba el diagnóstico efectuado y simultáneamente se aliviaba al paciente. Creo que nadie olvidó este verdadero Trabajo Práctico. Yo lo tengo tan presente como si lo estuviera viviendo ahora mismo. Me dije: así se enseña, así se dicta un Trabajo Práctico. Para él lo primero fue siempre el paciente y nos grabó en el cerebro su Filosofía de Rehabilitación, la que impregnaba todos sus actos médicos. De él aprendí la importancia de tratar al paciente en su conjunto. Él nos decía que “si una rueda estaba rota, no debía detener el resto de la máquina”; por ejemplo, en un traumatismo distal del miembro superior aconsejaba movilizar todas las articulaciones de dicho miembro que no requirieran estar inmovilizadas. Esto, como sabemos es un concepto básico, pero frecuentemente olvidado y se convirtió en una de mis prédicas permanentes con los pacientes y los médicos a mi cargo, hasta ponerme molesto con la insistencia.

Otro ejemplo muy ilustrativo acerca de su actitud permanente de atención a los pacientes y de docencia hacia los colegas se observó durante su prédica en el tratamiento de los traumatismos raquímedulares, influido por su contacto con el neurólogo alemán Ludwig Guttmann, refugiado de la Segunda Guerra Mundial en Inglaterra y fundador

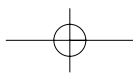


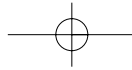


del National Spinal Injuries Centre en Stoke Mandeville, cerca de Londres, a quien conoció durante uno de sus viajes de perfeccionamiento en Europa. La misma se centraba en tres aspectos: 1) prevención de las escaras de decúbito, para lo que no recurría a dispositivos de tecnología avanzada, sino a la obligación de auxiliares médicos y familiares del paciente a los que instruía para que cambiaran de decúbito al enfermo cada dos horas durante el día y la noche; diariamente vigilaba personalmente que la orden se hubiera cumplido; si encontraba una zona de decúbito con rubor se enojaba con todo el equipo. Cuando lo interrogábamos acerca de la posibilidad de reemplazar esos cambios de posición por el accionar de los colchones neumáticos nos decía que podían ser útiles para evitar las escaras, pero que al privar al paciente de sus cambios de decúbito permitíamos la formación de cálculos coraliformes en la pelvis renal; 2) movilización de todas las articulaciones, incluidas las interfalángicas de los pies, diariamente y 3) cuidado permanente de las vías urinarias.

Entre tantas cosas conocía a la perfección el arte de efectuar aparatos enyesados. Lo había aprendido durante su pasantía en Italia, en el Instituto Rizzoli de Bolonia, dirigido por Vittorio Putti, un coloso de la Ortopedia de aquel entonces. Nos decía por ejemplo que, para inmovilizar correctamente la muñeca, no había necesidad de incluir el codo, pero para que la reducción fuera estable era esencial un correcto moldeado del yeso, el que actuaba inmovilizando y estabilizando, según su explicación, en tres puntos de apoyo. Otro concepto muy importante que nos transmitía respecto de estos aparatos era recortar toda parte innecesaria del yeso para liberar las articulaciones no sujetas a inmovilización, facilitando sus movimientos. Por aquel entonces se solía confeccionar, para las lesiones de la columna cervical, el aparato enyesado conocido como Minerva. Como se trataba de algo complejo de realizar le pedimos al Profesor que nos enseñara a hacerlo. Nos lo explicó en una clase práctica, mientras hacía el yeso a un paciente. Nos mostró los puntos de apoyo, de protección, de moldeado; el número de vendas por aplicar, la disposición de las valvas de refuerzo y la importancia y prevención de la afectación de los dientes y de la articulación temporomandibular del paciente; el Maestro consideraba innecesario y perjudicial incluir la parte cefálica de dicho aparato, como ilustraban los libros de la especialidad. Mientras lo observaba en esta clase práctica confeccionando ese complejo yeso tomé apuntes que aún hoy conservo. Sus yesos eran verdaderas esculturas. Los médicos de la Escuela de del Sel, en general hacen aparatos enyesados notables por su funcionalidad y estética. Me confieso en ese aspecto como pésimo discípulo. Nunca pude igualarlo.

En la cirugía se destacó por su efectividad y por su prudencia. Era extremadamente detallista, tanto en la ubicación de la mesa operatoria, como en la disposición del equipo quirúrgico, todo ello planeado con anticipación, generalmente el día anterior a la cirugía. Insistía en la perfecta antisepsia, en la asepsia y en el buen trato de los tejidos. Nos comentaba que toda maniobra brusca o traumática repercutía en los tejidos que reaccionaban con inflamación posoperatoria, la que es fuente de dolor y mala evolución de las heridas. Recuerdo en una ocasión que el Profesor efectuaba una operación asistido por mí: cuando procedí a enjugar la sangre de la herida con una gasa, ésta, mal doblada, dejaba desprender hilachas. Me hizo la siguiente observación: “Cuidado: usted está dejando hilachas en la herida; una hilacha es una hilacha. Varias hilachas son una gasa (es decir, un oblito)”. La inflamación era una de sus obsesiones y cuando recién iniciaba mis tareas como concurrente en el Hospital Durand me dijo: “¿Usted no ha leído el libro de inflamación de Valy Menkin? Hágalo”. Se refería a *Newer concepts of inflammation* (1950); así lo hice y comprendí muchas cosas, tales como por qué insistía el profesor del Sel en utilizar la denominación “seudoartrosis supurada” en lugar de “seudoartrosis infectada”: porque el pus se forma por distintas causas, además de la bacteriana (causas físicas, químicas, etc.). Años después estaba yo efectuando una revisión de una prótesis de cadera supuestamente “infectada”. Los estudios previos de medicina nuclear indicaban la presencia de abundantes leucocitos periprotésicos, es decir pus, en la zona articular operada. Al realizar la revisión, no bien hecha la artrotomía apareció pus negro y, para nuestra sorpresa, enviado a detección inmediata de bacterias no se observaron gérmenes. Se hizo la revisión en un tiempo. Era un caso de supuración, no de infección, debida a la fagocitosis de microdetritos de titanio desprendidos de la prótesis (de ahí el color negro de la secreción). Esto coincidía con el concepto del Maestro: no se trataba de infección sino de supuración de causa físico-química. En otra oportunidad un colega del Servicio destapó ante él una herida granulante y mostrando las gasas manchadas que la cubrían comentó con preocupación al doctor del Sel que la herida estaba supurada, a lo que el Profesor contestó que, efectivamente supuraba, porque “era lo único que sabía hacer el tejido de granulación”, que eso no significaba de ninguna manera infección ni requería antibióticos. Su respuesta clásica ante comentarios parecidos hechos por los médicos del Servicio era: “Doctor, pregúntele a los tejidos”.





Un hecho trascendente en la carrera del doctor del Sel fue su visita a Wrightington, Inglaterra, en 1972. Lo acompañamos un grupo por él organizado, conformado por sus discípulos y amigos. Íbamos a visitar a su amigo John Charnley, de su misma edad, uno de los más brillantes cirujanos del siglo y el creador de un sistema revolucionario en el mundo médico que permitía tratar exitosamente muchas enfermedades de la cadera, hasta ese momento casi intratables: su procedimiento era el reemplazo protésico de la articulación de la cadera. Si bien no fue el primero en nuestro país en hacer esta visita, porque ya había estado previamente en Wrightington el doctor Petracchi, del Sel fue el creador de una Escuela de Charnelistas puros, que hoy cuenta con un importante número de adeptos en nuestro país y en el exterior. Entre ambos Maestros, del Sel y Charnley, nos mostraron el camino para emprender la cura de trascendentes e incapacitantes afecciones de la cadera, cura que, hasta entonces, era casi imposible de lograr. Posteriormente volvió a Wrightington en varias ocasiones más.

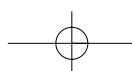
Su pasión por la docencia era obsesiva. Disfrutaba dictando sus clases, sobre todo para el pregrado, lo que no es habitual en los profesores, que suelen preferir el posgrado. Se ocupaba de los alumnos y del correcto desarrollo de la cursada; era implacable con los colaboradores docentes que no cumplían con sus obligaciones. Cuidaba mucho el desempeño de los docentes en los exámenes y les exigía mesura y ubicación desde la perspectiva del estudiante que llegaba por primera vez a este mundo de la Ortopedia y Traumatología. Después de los pacientes los alumnos de medicina eran su prioridad.

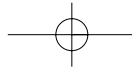
La medicina argentina le debe gratitud por la investigación clínica, el enfoque claro y acertado y la divulgación de temas muy importantes tales como: el tratamiento de las heridas graves de los miembros, las artroplastias de la cadera, la pseudoartrosis congénita de la pierna, las malformaciones congénitas de los miembros, la importancia de la genética en la especialidad, la divulgación de los conceptos de la estructura del ADN y la importancia de su descubrimiento en 1953 por los Premios Nobel James Watson y Francis Crick, la osteomielitis aguda y crónica, las lesiones raquimedulares, el tratamiento de los parapléjicos y cuadripléjicos, el tratamiento de las parálisis, los enclavados endomedulares, la fisiopatología ósea y la curación de las lesiones del tejido óseo, la fisiopatología de las heridas y de la cicatrización. Estaba muy entusiasmado con el fenómeno de la piezoelectricidad aplicado a las fracturas de los huesos largos, hecho descubierto en 1908 por los hermanos Pierre y Jacques Curie. Con respecto a la curación de las fracturas me recomendó en 1981 la lectura del libro de Simon Sevitt, *Bone repair and fracture healing in man*, un clásico insoslayable para todos los traumatólogos, que les permitirá conocer la formación del callo óseo y sus circunstancias. Así, interesándonos, abrió el profesor del Sel los caminos para que sus seguidores sintiéramos curiosidad y por consiguiente la necesidad perentoria de estudiar, pensar e investigar.

En 1958 un grupo de cirujanos suizos fundó la Arbeitsgemeinschaft für Osteosynthesefragen conocida por sus siglas AO, una organización del mejor nivel académico y de organización posibles, pionera en el estudio y tratamiento de la fijación interna de las fracturas. La misma tuvo distintas etapas en el desarrollo de sus ideas, las que evolucionaron y mejoraron: luego de su primera etapa cerrada, que podríamos denominar "suizo-alemana", en 1972 se fundó la AO Internacional, la que tuvo su apertura e incorporó en 1984 a 90 estudiosos destacados de todos los países del mundo, que con sus pensamientos y técnicas elevaron la AO al nivel actual de excelencia internacional. Durante sus primeros años de existencia la AO emitió una fuerte prédica acerca de sus principios de tratamiento rígido de las fracturas. En ese entonces el doctor del Sel expuso su extenso conocimiento de la fisiopatología ósea y la conveniencia de utilizar una fijación elástica y no rígida en el tratamiento de las fracturas, obteniendo indudablemente mejores resultados y menor morbilidad. Esto le significó desacuerdo e importantes discusiones con sus pares en el país y en el exterior. El tiempo dio la razón al Maestro. Actualmente la AO, con el aporte internacional del Board of Trustees, ha cambiado su enfoque terapéutico de las fracturas, predominando el conocimiento de la fisiopatología ósea, como lo hiciera entonces el doctor del Sel.

Su prédica acerca de la importancia de la afectación de todos los tejidos en las fracturas expuestas graves que él denominó con certeza heridas graves de los miembros le ocasionó intensas discusiones académicas, las que pueden leerse en nuestros viejos Boletines de la SAOT.

Una enorme cantidad de médicos argentinos y extranjeros abrevaron de sus conocimientos y de sus enseñanzas. Publicó libros de la especialidad para el pregrado y el posgrado que resultaron hitos por su contenido y practicidad. Los que estuvimos cerca del Maestro durante mucho tiempo supimos apreciar su preocupación por la formación general del médico; por el uso correcto del lenguaje español, no solamente en los escritos, sino también en la conversación. Siempre insistió en la necesidad de dominar el inglés para actualizarse en una disciplina médica, lle-





gando a pasar con los médicos visitas de sala en inglés, para que nos fuéramos entrenando en un mejor manejo de la lengua.

Un aspecto menos conocido del doctor del Sel era su pasión por los deportes, que alcanzó a practicar hasta su madurez, en distintas disciplinas como atletismo, básquet, fútbol, polo, natación, voley y rugby.

Amaba las letras y se expresaba muy bien en prosa y en poesía. Solía escribir versos referidos a los médicos que él conocía, de carácter jocoso y con agudo sentido de la sátira. También la Ortopedia fue descrita en versos. Gustaba tener el cerebro en permanente entrenamiento y memorizaba los Premios Nobel y los récords de atletismo y otros deportes, disfrutaba con las cosas ingeniosas y buscaba la solución de los acertijos más complicados. Amaba la inteligencia y el saber. Despreciaba la ignorancia. Pese a su edad no se detuvo ante la posibilidad de entrar a un nuevo mundo: el de la informática, comprendiendo su importancia en el quehacer médico. Para ello tomó clases que le posibilitaron, a partir de entonces y entre otras cosas, facilitar la escritura de sus numerosos trabajos y libros científicos, con las ventajas que supone la utilización de esta herramienta.

Tuve el privilegio de trabajar al lado del profesor José Manuel del Sel gran parte de mi vida, lo que favoreció mi formación asistencial y académica como Miembro de esta inigualable Escuela Ortopédica Argentina que él fundó, no en forma explícita, sino con el devenir de los hechos y la formación de innumerables generaciones de especialistas de la Argentina y del exterior. Fue un hacedor, un privilegiado que nunca aceptó el retiro del médico. Su amor a la profesión era tan grande que sólo la muerte pudo apartarlo de ella. Defensor de sus ideas contra todo prejuicio y todo preconcepción, predicó incansablemente con el ejemplo y hoy podemos seguir su huella como médico ejemplar, guía actual y futuro de generaciones de médicos.

Perecer es el destino inexorable del hombre. Muchos pasaron por la vida sin dejar nada. Nuestro querido Maestro fue y seguirá siendo la luz que guíe e ilumine a muchas generaciones en nuestro camino por la Medicina.

Dr. Carlos A. N. Firpo